

NOTAS BIOGRÁFICAS DE STEFAN ZWEIG

Stefan Zweig, fue miembro de una acomodada familia judía, su padre Moritz Zweig, era fabricante textil, y su madre Ida Brettauer provenía de una familia de banqueros judíos; se casaron en septiembre de 1878, y de esta unión en octubre de 1879 nació Alfred y en noviembre de 1881 Stefan, el cual estudió Filosofía en la Universidad de Viena y obtuvo el doctorado en 1904. A la vez que estudiaba, escribía poesía y artículos en el periódico más prestigioso de Viena, así se escapó de la obligación de trabajar en la empresa familiar.

Zweig tenía 31 años, vivía en Viena en un apartamento propio y con un criado; saboreaba sus incipientes éxitos literarios. Como hombre atractivo, cosmopolita, libre y rico, entusiasmaba a las mujeres, y pasaba varios meses del año en el extranjero, pero Viena siguió siendo el centro de su vida. Esto, al igual que sus costosos viajes, podía hacerlo sin problemas, porque a la mayoría de edad, se le pagaron 40.000 coronas de la herencia de su abuela, y de forma adicional recibía de las ganancias de la fábrica unas 20.000 coronas anuales.

Ante el estallido de la Primera Guerra Mundial abrazó el pacifismo y estrechó lazos de amistad con Romain Rolland.

Aquel mosaico de pueblos de que Viena, fue capital Lusigne, ha saltado hecho añicos, y nadie, ni siquiera los que más ardientemente lo echan de menos, se atreve a soñar en su recomposición. La Viena que conoció Zweig en su juventud, molde de su sensibilidad, secreto alimento de su espíritu, murió en la 1ª Guerra Mundial, y ha sido enterrada sin piedad ni ceremonia en la Segunda. Zweig, además de ser vienés, era judío. Su familia oriunda de Moravia, formaba parte del fuerte núcleo israelita que tan eficazmente contribuyó al postrer renacimiento literario, artístico y científico de la vieja capital danubiana.

En 1914 le entregó a Rolland un sobre lacrado, este sólo podría abrirse si Rolland recibía un telegrama en clave comunicando que Zweig, a causa de su abierto rechazo a prestar el servicio militar, iba a sufrir consecuencias terribles. El sobre contenía un escrito que Zweig llamó (Testamento de la conciencia moral). En él explicaba que “jamás dejaría que lo obligaran a prestar el servicio militar con armas. Por el contrario, se plegaría a las órdenes relacionadas con otras obligaciones. Dicho de otra manera: no

excluía otra misión, como soldado en los Archivos Austriacos del Ministerio de la Guerra.

La frivolidad de señorito privilegiado de la que Zweig hacía gala en 1912, desapareció en los años posteriores: la Primera Guerra Mundial marcó el final de su mundo de ayer. Las anotaciones de los dos primeros años de guerra, están llenas de malos presentimientos. Zweig mostró su rechazo a una guerra que supo perdida e inútil. Junto con otros escritores, entre ellos Rilke, cooperó como redactor y censor en la retaguardia.

Habiendo sido testigo de los horrores del conflicto, sufrió un gran cambio y escribió el drama "Jeremias", donde expresaba una posición marcadamente crítica con la contienda. La Obra tuvo un gran éxito, y fue celebrada por su amigo Thomas Mann.

Zweig se mudó a Suiza hasta el final de la guerra y siguió siendo un pacifista toda su vida apoyando la idea de una Europa Unida.

En 1920 Zweig se casó con Friderique María von Winternitz, también escritora y madre de dos hijas que lo enamoró mediante una carta anónima.

En los años siguientes escribió una serie de novelas cortas y biografías llenas de tensiones emocionales y crisis psicológicas, donde se trataban temas como el juego, la prostitución, el adulterio y el suicidio. Sus obras llegaron a ser muy populares, aunque algunos de sus colegas las criticaron llamándolas "lecturas de tren".

Y, cuando la amenaza nazi era ya irreversible, Zweig emigró a Inglaterra donde contrató los servicios de Charlotte Altman, (también de origen judío) una secretaria que se convertiría al poco en su amante y segunda esposa el 6/9/1939, tras el divorcio con Friederique en 1938 con la que, en todo caso no logró romper definitivamente.

Vivió en Londres, un poco a desgana:

"porque me gusta mucho el sol y, cuando el cielo está cubierto noto como si tuviera un anillo de plomo alrededor del corazón. Tampoco he intimado con mucha gente: aquí son demasiado fríos, circunspectos, y muy poco cordiales". Aunque Zweig y su mujer obtuvieron la nacionalidad británica, no se sentían felices. En "el mundo de ayer", escrito poco antes de su muerte, Zweig describe a los refugiados judíos como "fantasmas" en busca

de un país que esté dispuesto a recibirlos. Pocos días después escribió en su diario “Estamos perdidos; yo ya tengo preparado cierto frasquito”.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial, y la ocupación de Francia, alejaron por segunda vez a Zweig de lo que parecía un hogar estable. Inicialmente se instalaron en Nueva York, pero aseguraba no poder trabajar a gusto rodeado de tanta gente, tantos conocidos, tanta notoriedad. Por ello, planeó junto con Lotte la tercera y última mudanza a Petrópolis (Brasil) adonde llegaron en 1941. La pareja pasó en Rio las fiestas de fin de año. Como saludo de Navidad, Stefan envió a varios amigos su traducción de una estrofa de *Os Lusíadas*, el gran poema épico publicado por el portugués Luis de Camoens en 1572:

¡Ay, cuantas penurias y peligros en el mar,
Qué cerca está la muerte en miles de formas!
¡En tierra, cuántas guerras! Cuánto horror,
Asunto odioso. Ay, si al menos un pliegue
De la esfera terrestre fuera seguro para el hombre
Y en él pudiera llevar en paz su existencia.
Pero los cielos compiten en tempestades.
¿Y contra quién? ¡Contra el más pobre gusano de la tierra!

Hacía pocos días que Stefan había cumplido 60 años; durante las semanas anteriores, Lotte había involucrado en sus esfuerzos por ayudar a Stefan a toda la gente que conocía. Y así había conseguido adquirir en una librería de viejo una edición de las obras completas de Balzac, que pudo entregar a Stefan el día de su cumpleaños. Koogan, con el que había hecho ese mismo día una excursión, llevó como regalo un foxterrier que contaba diez meses. Como respuesta a las muchas felicitaciones recibidas, Zweig envió un poema titulado:

“El sexagenario da las gracias”

La danza de las horas se cierne más benigna

Sobre los cabellos ya grises,
Pues solo cuando la copa se inclina
Es posible el fondo de oro claro.

El presentimiento del próximo anochecer
No molesta, ¡quita peso!
El puro aire de la contemplación del mundo
Sólo lo conoce quien ya nada apetece.

Ya no interroga a lo que consiguió,
Ya no se queja de lo que añoró,
Y envejecer sólo es el ligero
Comienzo de su despedida.

Nunca brilla más libre el horizonte
Que con el destello de la luz que se despide,
Nunca se ama más fielmente a la vida
Que a la sombra de la renuncia.

En una carta dirigida a Friderike en enero de 1942, su amargura y su desesperación aparecen reflejados con claridad, pero su lamento parece más tranquilo y contenido que antes: “Cada vez estoy más seguro de que no volveré a ver mi casa y de que en todas partes seré un huésped ambulante; felices pueden llamarse quienes están en condiciones de comenzar una nueva vida en cualquier lugar. (...) El único camino que tenemos abierto es el de irnos en silencio y con dignidad”.

Durante varios días estuvo tramando un plan que incluía la ordenación de todos sus papeles. Su estudio sobre Américo Vespucio estaba ya en la editorial y saldría a la calle poco después. *El mundo de ayer*, su gran obra

autobiográfica, también estaba preparada y llegó a las librerías ese mismo año. La novela *Clarissa*, la gran biografía de Balzac y el libro sobre Montaigne, en cambio, quedaron en estado fragmentario y aparecieron más tarde editados a partir de sus papeles póstumos.

El lunes, 22 de febrero de 1942 la criada se extrañó de que los Zweig no se hubieran levantado al mediodía. Según declaró más tarde, hacia las doce se acercó a la puerta y oyó una especie de tranquilo resuello. Por la tarde continuaba sola en casa, de modo que, acompañada por su marido, abrió la puerta del dormitorio, que no estaba cerrada con llave. Encontraron a Stefan y a Lotte Zweig en su lecho, rígidos y completamente vestidos. Él yacía sobre la espalda, y Lotte se hallaba a su lado abrazada. Ambos habían muerto por la ingestión de sustancias venenosas, como escribió el médico Mario M.Pinheiro en el certificado de defunción. Se tomaron fotos de los fallecidos y, un dentista sacó la mascarilla de Stefan Zweig. El cortejo fúnebre llevó los ataúdes al cementerio católico de Petrópolis y allí tuvo lugar la inhumación, realizada según el rito judío por el rabino Lemle.

Muchos grandes periódicos reprodujeron la despedida oficial de Zweig. En la nota encabezada en portugués "*Declaracao*", y luego desarrollada en alemán, el escritor agradecía la hospitalidad de Brasil y hablaba de una debilidad y un desánimo que lo habían conducido a la determinación de poner fin a su vida. Ya no tenía fortaleza para esperar tiempos mejores, pero a todos sus amigos les deseaba que pudieran estar presentes en la aurora de un nuevo día tras la larga oscuridad que la guerra había traído.

La nota fue recogida por la policía brasileña, que tuvo que recurrir a un doctor judío local para traducirla del alemán. El médico pidió quedarse con el original por su significado histórico, pero la policía se negó porque lo necesitaba como evidencia en el caso. El mismo doctor la compró 20 años después a un policía jubilado y en los 90 la donó a la Biblioteca Nacional de Israel.

¿Qué poderosa razón impulsó a Stefan Zweig a poner fin a su vida? El psiquiatra brasileño Claudio de Araujo nos proporciona una valiosa pista en su imprescindible libro "*Ascensión y caída de Stefan Zweig*", publicado solo dos meses después de la inmolación:

“De temperamento ciclotímico, Zweig padecía una profunda depresión durante su exilio brasileño, agravada por la mala costumbre de auto medicarse con barbitúricos para combatir su insomnio crónico”.

Y algunas personas nos preguntamos: ella, Lotte, 25 años más joven que Zweig; supuestamente, fue la persona fiel, admiradora incondicional que no pudo plantearse otra cosa que no fuera la muerte a su lado.

Nadie ha especulado siquiera si ella compartió plenamente la decisión de morir, nadie ha pensado que en las cartas que él dejó ni la nombra, solo supo hablar de sí mismo; nadie ha podido ni siquiera sospechar que ella pudiera hacer otra cosa que obedecer.

Lotte: ¿mujer enamorada y entregada hasta la absoluta disponibilidad de su vida? ¿Amor o manipulación? En la hora de la evocación del admirado Zweig querría, aquí y ahora, rescatar del olvido a aquella Lotte, representación de las mujeres sacrificadas hasta la muerte en el altar de la gloria de sus maridos.

Ricardo García Cárcel. Historiador y Ensayista. Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia. 2001